

UN CASO DE SEUDOCOMPLEJO DE EDIPO

*Eduardo Zajur**

EL PROBLEMA interesante en este caso es que muestra un cuadro aparente de complejo de Edipo clásico. Joven de 22 años que duerme todavía en la recámara de la madre, se masturba pensando en ella, odia al padre y no ha podido relacionarse con otras mujeres. Pero a pesar de un síndrome aparentemente tan convincente como ejemplo de la fijación sexual a la madre y el odio resultante al padre, el análisis muestra que tal apariencia es engañosa desde el punto de vista dinámico. En el núcleo del inconsciente del paciente, no se encuentra su fijación a la madre, sino el terror a la figura materna principal, la abuela, y secundariamente, el miedo a la madre. Ese terror lo priva de la posibilidad de ver realmente quién es él y cómo es el mundo que lo rodea; le impide desarrollar su libertad y adquirir un adecuado sentimiento de identidad. Su conflicto es una lucha por liberarse de la madre, no una fijación sexual a ella.

W. T. estudiaba el primer año de la carrera de Química, cuando me fue enviado al Departamento de Psicopedagogía de la UNAM, por uno de sus profesores, que interesado en la Psicología, había observado en él problemas de estudio y de relación interpersonal.

Durante aquella entrevista, que duró aproximadamente 15 minutos, se mostró arrogante y afirmó que había iniciado una segunda carrera, fuera de la Universidad, que le interesaba más que la Química; que sólo iba a verme porque se le había sugerido; pero que no creía en la Psicología a la que no concedía ninguna base científica. Pensaba que esta base se encontraría exclusivamente en terrenos de la Bioquímica.

Señalé que algo había en el fondo de esa postura arrogante y agresiva y en el hecho de que a pesar de no desear nuestra entrevista hubiera asistido de todas maneras; pero que consideraba inútil que concertáramos nuevas citas en ese momento, aunque, si posteriormente sentía que necesitaba alguna ayuda, yo estaba dispuesto a verlo con gusto.

No volví a saber de él sino cuatro años después, cuando solicitó entrevista en mi consultorio.

Se trata de un joven de 22 años de edad, soltero, alto, delgado, bien parecido; sus ojos miopes se ven vivos tras los anteojos. Se muestra inquieto, ansioso. Dice con voz entrecortada, casi llorando, que lo perdona por su actitud de la anterior ocasión; que en ese tiempo se sentía muy importante y creía que el secreto de todos los problemas se hallaba en la Bioquímica; que su idea no ha cambiado totalmente, pero desea que yo le ayude porque desde hace mucho tiempo se siente constantemente angustiado, sobre todo por las noches en que tiene la sensación de que va a enloquecer. Esta situación se ha acentuado de dos meses a la fecha. Dice textualmente: "Me siento como

* Miembro de la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis.

si yo no fuera yo, como si estuviera en otro nivel de percepción y las cosas que me rodean estuvieran fuera del alcance de mis sentidos. Es algo horrible. No sé si esto es ya esquizofrenia, pero no puedo vivir así; en tales momentos pienso que si enloqueciera me suicidaría. No quisiera pasarme la vida en un manicomio."

Este síntoma dura generalmente unos minutos, pero en ocasiones transcurren horas con una sensación de extrañeza.

En otros aspectos, no se siente conforme con su personalidad. Sabe que es tímido, sobre todo con las mujeres. Nunca ha tenido novia ni tampoco relaciones sexuales. Considera que era muy buen estudiante; sus promedios, tanto en Química como en la segunda carrera, eran altos. Últimamente ha empezado a fallar. Su rendimiento ha bajado y teme reprobar una materia. Se considera un buen hijo, que nunca ha ocasionado grandes preocupaciones a su familia. En la escuela de Química realmente no tiene amigos. Sus compañeros no se acercan mucho a él y lo consideran un tipo presumido. Algunos le llaman "el sabio" o "la enciclopedia". Choca con frecuencia con los profesores porque es hipercrítico y se siente muy satisfecho cuando logra demostrarles sus errores, lo que ocurre fundamentalmente con los profesores débiles. Con los más consistentes interviene para afirmar o confirmar lo que dijeron.

Situación actual. Acude por la mañana a sus clases de Química. Después de éstas, va a su casa a comer. Asiste por la tarde a las clases en el sitio X, donde estudia la segunda carrera. Cuando tiene la tarde libre se queda en su casa a estudiar, cosa que hace generalmente en la sala, en compañía de su madre, su abuela y su hermana (4 años menor); con ellas ve simultáneamente "comedias" en la televisión. Se ha acostumbrado a hacerlo así y logra abstraerse casi por completo. Ahí se siente tranquilo y, por otro lado, no dispone de otro lugar para hacerlo, según dice. La casa donde vive tiene sólo tres recámaras: en una duerme su hermana y la abuela, a quien él llama "mamá". Otra perteneció a su tío "Panchito", hermano mayor de la madre, de 50 años de edad que se casó hace dos. La abuela no ha permitido que esa recámara se ocupe ni se modifiquen las cosas que el tío dejó. En la otra duermen hasta la fecha él y su madre a quien él llama "Mitita". Cuando me relata esto me dice que quizá ello tenga significado porque exprese un "Edipo no resuelto"; lo considera así, ya que se ha masturbado pensando en la madre y ha tenido fantasías de pasarse a su cama. La mayor parte de las veces tienen que desnudarse juntos y ella lo hace sin recato. En algunas ocasiones le ha visto los senos, ha pensado que son hermosos, y ha deseado tocarlos, con excitación. Ocasionalmente, ha expresado ante la madre la idea de poseer un cuarto individual; pero ella se lamenta de que "ya quiere abandonarla y dejarla sola, cuando él es lo único que tiene".

El padre de W. vive. Está divorciado legalmente de la madre hace unos 8 años, aunque prácticamente vivieron separados siempre.

W. se expresa de él despectivamente diciendo que ojalá no hubiera sido hijo de un hombre a quien considera ruin y canalla. En forma un tanto ingenua dice que es un individuo que abandonó a la madre por andar con prostitutas, y la hacía sufrir. A ella la admira porque decidió no vivir más con "una per-



sona de tan bajos valores morales". Hasta la edad de 14 años, salía con frecuencia a pasear con el padre, quien les compraba a él y a la hermana regalos variados. En ese tiempo se sintió muy indignado porque la madre le informó que había visto al padre con una prostituta. Pensó entonces que con los regalos que les hacía sólo quería sobornarlos y el día en que lo vio le dijo que no saldría más con un hombre sucio e indigno. El padre le contestó que era todavía muy chico para entender cosas que tal vez comprendería cuando fuera mayor; pero después W. se negó sistemáticamente a salir con él, cosa que la abuela y la madre festejaban como una actitud digna y varonil. Desde entonces decidió no ver al padre y éste, tras algunos intentos infructuosos, desistió y no volvió más. Sin embargo, aporta dos mil pesos mensuales a la familia, desde el divorcio (aunque siempre dio esa cantidad o más); mil pesos para él hasta que cumpliera 21 años y mil pesos a la hermana hasta que contrajera matrimonio. En la casa se habla del padre como del "ingeniero X", o como de "ese señor", siempre en sentido peyorativo. No hay nada más grave que mostrar un rasgo parecido a él, quien, de acuerdo con la abuela, "siempre fue un perdido que Dios sabe cómo obtuvo el título".

W. ve a la abuela, la "mamá", como una mujer abnegada y dulce. Piensa que lo quiere mucho. Cuando pequeño, estaba siempre pendiente de él y lo cuidaba en sus enfermedades.

Ve a la madre, la "Mitita", como una mujer muy buena y excelente hija, que quiere y obedece a la madre y la cuida. A ambas, como personas desvalidas que han sufrido mucho y que merecen ser compensadas.

Él ha tenido muchas dudas respecto a su vocación para la Química y hace unos dos meses le dijeron en el sitio X, que tiene que optar: o sigue estudiando Química o se dedica de lleno a la investigación en la nueva carrera, ya que ésta requiere todo su tiempo. Con tal fin le han dado una beca de mil pesos que aumentará cuando se decida. Esto lo angustia porque desea retribuir a su madre y a su abuela por todos sus sufrimientos. Sabe que es la única esperanza de ellas, que confían en que terminará la carrera de Química y se sienten orgullosas porque simultáneamente cursa dos carreras, cosa que las compensaría de la frustración ocasionada por el tío Panchito, que no pudo hacer carrera por velar las necesidades del hogar.

Ve al tío como un modelo a quien debería imitar: un buen hijo que por no dañar a la madre, esperó hasta los 48 años para casarse y que aún ahora visita con frecuencia a la madre y "le concede el gusto de llevarle sus camisas, que ella quiere lavar porque la esposa no sabe hacerlo".

La madre y la abuela toleran de buen grado a su amigo R., que últimamente ha acabado por hostigarlo a él. Le parece amanerado y no siente tener nada en común con él, excepto su gusto por el piano, instrumento que W. toca con cierta facilidad aunque nunca le ha dedicado suficiente tiempo.

Su abuela considera a R. un muchacho estupendo, bien educado y amable y lo invita todos los sábados a cenar. Ese día W. no puede contraer jamás un compromiso porque sabe que R. irá y la abuela no permite que lo deje plantado, ni que cancele la invitación que se arrastra desde hace siete u ocho años. Cualquier intento de mayor independencia de W., trae como consecuencia

una serie de comparaciones con R., tan bueno, responsable, educado, dedicado, etc., o de comparaciones con el "Ingeniero X", en el sentido inverso.

Historia. La abuela ha desempeñado el papel materno. Es una mujer de provincia, hija de padres acomodados y viuda de un hombre adinerado que quedó arruinado después de la Revolución. Ha sentido siempre que por sus venas corre sangre azul. Ha mantenido a los dos hijos a su lado y jamás les permitió ningún intento de libertad. Como ya se dijo, conserva la recámara del hijo intacta, esperando su regreso, y él le lleva sus camisas, para que se las lave, y soporta los regaños y los vituperios que ella lanza en contra de la esposa, a quien considera una inútil y desagradecida, porque no la visita. Recuerda W. que cuando su tío hablaba de posibilidades de casarse, la abuela lo amenazaba con echarse bajo la rueda de un coche y toda la familia entraba en ansiedad y pensaba que sería un infame si no hacía caso de la madre que tanto necesitaba de protección.

La anciana nunca tuvo respeto hacia el padre de W., a quien consideraba de baja extracción, es decir, de cuna humilde, aun cuando llegó a tener cierto prestigio profesional y político.

Siempre tuvo choques con su yerno, a quien insultaba y reclamaba que no le hubiese puesto casa a la hija, lo que obligaba a ésta a vivir en la de ella, y a ella atender a la familia, sin que fuera su obligación.

La madre de W. es en realidad solamente un títere en manos de la abuela. No tiene voz ni voto y en todas las circunstancias está incondicionalmente de parte de la madre a quien no quiere contradecir. Contrajo un primer matrimonio a los 18 años de edad, con un hombre casado (W. supone que por cubrir una aventura amorosa), motivo por el cual el enlace fue anulado. Para evitar el baldón de su familia aristocrática, se trasladaron a vivir a México, donde su "vergüenza quedaría diluida". Al parecer esta situación contribuyó a acentuar su dependencia de la madre. En México se casó unos años después con el padre de W. Nunca quiso desligarse de la madre, a quien el esposo no toleraba y por esto, entre otras cosas, vivieron prácticamente separados hasta el divorcio legal hace ocho años.

El padre casó con la madre sin la aprobación de su familia. Esto lo ha supuesto W., porque apenas recuerda haber visto a la abuela paterna en dos o tres ocasiones en que el padre lo llevó siendo pequeño. Los recuerdos de estas situaciones son muy vagos. El padre, antes del divorcio, pasaba dos o tres veces por semana a recoger a los hijos para llevarlos a pasear en automóvil. Generalmente los esperaba en la esquina de la calle. En estas ocasiones los llevaba a tomar helados y les compraba ropa fuera de la aportación mensual. Frecuentemente los invitaba durante las vacaciones a alguna playa, lo que la madre aceptaba; pero los acompañaba siempre. En esas ocasiones W. dormía con su padre y la hermana con su madre. Sospecha que en estos viajes los padres tenían relaciones sexuales. El trato social entre ambos era frío. Con los niños el padre era alegre y juguetón y W. se sentía contento.

A medida que pasó el tiempo, los viajes fueron menos frecuentes y W. se fue haciendo hosco y agresivo con el padre al que constantemente reclamaba "su desapego e irresponsabilidad hacia la familia", y al que exigía dere-



chos y dinero para la madre (cosas que la abuela festejaba, estimulaba y premiaba), hasta que llegó el momento en que la relación entre padre e hijo fue imposible.

Entre el segundo y tercer mes de tratamiento, presentó el siguiente sueño:

“Me encontraba frente a la puerta principal de una casa grande y lujosa. La puerta parecía de fierro con adornos forjados del mismo metal; se acercaba una persona a abrirme y me daba cuenta que era mi madre, estaba vestida de negro y se veía muy guapa y distinguida. No me causaba extrañeza y me hacía entrar a la casa sin decir una palabra. Después nos encontrábamos a una mujer de avanzada edad y ésta me introducía, a mí solo, a un cuarto de paredes rojas, sumamente lujoso. A un lado había una especie de biblioteca, a oscuras, a la que yo me asomaba. Ahí veía a mi madre y a mi padre besándose y acariciándose. Esto sí me causaba gran extrañeza y no daba crédito a mis ojos. Posteriormente mi madre me veía y sin decir nada se alejaba.”

Asocia con el sueño que la casa se parece —sobre todo el salón rojo— a un prostíbulo que vio en una película.

Interpretación: Percibe a la madre como prostituta y a la abuela aristócrata como regenteadora del prostíbulo elegante. La madre aunque no fue realmente esposa para el padre y lo denigraba, aceptaba dinero y se acostaba con él. En la actualidad lo sigue denigrando, pero recibe los dos mil pesos mensuales que envía. La abuela aceptó siempre esta relación y aprovecha el dinero que manda el padre.

En ese momento W. dice que se siente muy angustiado, y teme que esto lo vaya a angustiar mucho más esa noche.

Después del sueño expuesto, tuvo otro muy significativo.¹ El sueño fue el siguiente: “Veía reflejada en un espejo una máscara como de madera. Sentía una gran angustia porque no podía ver rostro ni cuerpo. Me sobresalté y desperté muy angustiado. Recordé entonces que ese tipo de máscara lo había visto en una representación de Edipo Rey, en el Teatro Xola.”

Él considera el significado de su sueño como la expresión de sus deseos sexuales hacia la madre por su “Edipo no resuelto”.

Yo le advertí que su sueño me daba la impresión de expresar su falta de identidad. Detrás de la máscara de Edipo que puede en buena parte sólo enmascarar la verdad, no hay rostro ni cuerpo porque no hay nadie. Él no es él porque ha sido siempre lo que su madre y su abuela han querido: el niño obediente y bueno de la casa que no puede tener una mujer, y el héroe que las compensará de sus sufrimientos siendo toda su vida lo que ellas quieran. Ha vivido enajenado de sí mismo, y en forma igual rompió su relación con el padre (que no parece ser tan negativo, y de quien puede comprenderse el rechazo de vivir con dos mujeres absorbentes) sólo porque la abuela lo deseaba.

Siempre que nos referimos al sueño hablamos de su falta de identidad y

¹ Sobre el que me dio una versión modificada 9 meses después de suspendido el tratamiento, cuando le leí su caso para saber si autorizaba su publicación; pero dicha modificación no cambió la esencia de la interpretación.

recordamos una vivencia en ese sentido, que escrita por él dice textualmente: “Había yo discutido con mi hermana algo importante para mí, en relación con la imagen que estaba viviendo en mi análisis de mi madre y de mi abuela. Ella negaba absolutamente todo lo que yo decía y yo dudé de mi punto de vista. Poco después salieron las tres de la casa y me quedé un momento solo. Posteriormente, salí hacia algún rumbo que no recuerdo cuál era y al cerrar el candado de la puerta, súbitamente me pregunté: ¿Quién soy yo?, y esto me produjo una angustia intensísima que me duró por espacio de tres a cuatro minutos. Quería llorar y no podía, hacer algo, pero estaba paralizado; seguí caminando y disminuyó la sensación pero continué angustiado por espacio de varios días. Analicé esto con mi psicoanalista pero no encontré solución pronta. No podría ver la verdad. Había perdido una batalla muy importante para mí y me sentía íntimamente destruido. Había derrotado mi yo verdadero y había triunfado el yo de mi medio familiar. Después de esto, en las ocasiones en que me sentía muy angustiado, me decía a mí mismo para ayudarme: Tú eres W. T., y me lo repetía constantemente y me tranquilizaba.”

Desde las primeras sesiones, habíamos estado discutiendo que era muy enfermizo el hecho de que durmiera todavía en la recámara de la madre, que sus deseos sexuales eran muy conscientes y comprensibles, ya que era un hombre de 22 años y la madre no era una anciana a quien por otra parte ni siquiera veía como la madre sino como la “Mitita”; que había sido seductora y lo había querido conservar para ella como un niño, que no le había permitido relaciones con otras mujeres, lo que él había tolerado.

Por este tiempo me dice que ha estado pensando en cambiarse de cuarto y dormir solo, pero tiene miedo de que la madre se queje porque él la abandona. Le advierto que en realidad él es quien teme quedarse solo y que responde como un niño que no quiere despegarse de la madre.

Unos días después expone a la abuela y a la madre el deseo de pasarse al cuarto del tío “Panchito”, y ambas protestan.

Posteriormente le dice a solas a la madre que tiene que comprender que él ya no es un niño y que a ella debiera darle pena dormir en su mismo cuarto. La madre se muestra asombrada por esto, pero habla con la abuela y dejan el cuarto de “Panchito” a W.

La primera noche que durmió ahí no toleró la angustia y volvió al cuarto de la madre racionalizando que el colchón era demasiado duro, lo que sirvió para que la madre volviera a insistir en que se quedara en el cuarto de ella. Sin embargo él comprendió que en realidad tenía miedo a separarse y a la franca desaprobación de ambas mujeres. A la siguiente noche volvió al cuarto del tío y tomó tranquilizantes para evitar que la angustia lo hiciera regresar.

Desde este momento, la abuela empezó a hostilizarlo abiertamente. W. hizo mayor amistad con otros muchachos compañeros del lugar X. Con frecuencia se quedaba a estudiar en casa de ellos, por cierto hasta una hora moderada (las 11 o 12 de la noche). En esas ocasiones la abuela montaba en cólera y lo insultaba. Le decía que ya iba por el camino del “Ingeniero X”, y poco faltaba para que fuera un perdido, que no respetaba la casa y no tenía consideración por las tres mujeres solas que vivían ahí.



En una de estas ocasiones intervino la madre para reprocharle también y como él contestara a la abuela que ya no se metiera con él, la madre le arrojó a la cara un vaso que estaba sobre la mesa y que él afortunadamente esquivó. Estas situaciones las vivía W. con angustia y no se atrevía a defenderse porque tenía miedo de que la abuela enfermara y él se sintiera culpable. Pensaba que le podría sobrevenir un infarto al miocardio.

Le hice ver que una mujer de 76 años se puede morir de cualquier cosa, y que esos sentimientos de culpa se deben más bien al miedo y al odio que él tiene y que proyecta.

Por este tiempo ya sentía que en realidad el padre no era tan negativo como él pensaba y deseó hablarle. Un día se decidió y a través de su amigo R. concertó una cita con su padre para comer juntos el sábado siguiente.

En la sesión posterior me informó que a los dos días de haber hablado con su padre, se enteró que éste había puesto una demanda en el juzgado para retirar ya los mil pesos que le mandaba a él mensualmente, y que temía que su padre supusiera que había pedido hablarle para reclamar que se los siguiera dando, y que no hubiese entendido su verdadero propósito de conocerlo directamente y no por lo que la abuela y la madre le habían hecho creer.

Le comenté que sería todavía mejor la oportunidad de conocer a su padre si hablaba sinceramente con él. El lunes siguiente me llamó por teléfono solicitándome una entrevista. Me advirtió que no era porque se sintiera angustiado, que tenía un gusto enorme y se le hacía mucho tiempo esperar hasta el viernes. Le di la cita y por primera vez lo vi realmente contento. Daba la impresión de haber tomado un excitante. Traía un papelito escrito y lo leía como si temiera no poder comunicarme lo ocurrido. Me platicó todo en detalle. El papel decía textualmente: "A mí siempre se me había enseñado a ver a mi padre como un hombre malo, que andaba con prostitutas de grandes melenas y muy pintadas. Un hombre que nunca llevaba dinero a tiempo a mi casa. Cuando discutía con mi madre o cuando no cumplía con sus obligaciones económicas, el pequeño gran hombre de la familia era yo. Yo era el que siempre se enfrentaba a él, el que le hacía reproches y le exigía que fuese responsable, el que lo veía como el causante no solamente de mis problemas sino de las desgracias de toda la familia; pero en realidad nunca hablé con él. Nunca tuvimos comunicación de padre a hijo ni de hijo a padre. ¿Como podría hablar yo con él si era un canalla? Así las cosas hasta que empecé a conocerme a mí mismo. Comprendí que en realidad nunca lo había conocido, que nunca había tenido comunicación con él, ni amor, solamente odio y rencor. Cuando lo vituperaba y me peleaba con él, me convertía en el héroe de la casa.

"Cuando llegó a la cita que concertamos, sentí que era un individuo completamente extraño para mí pero al que yo deseaba acercarme lo más que pudiese. Lo primero que me dijo fue: ¿Cómo estás, hijo? y yo le respondí: ¿Cómo te va papá? Fue una sensación maravillosa, era la primera vez que yo realmente hablaba con él. Nos sentamos a comer y le expliqué que yo ya comprendía la situación con respecto a la familia y lo comprendía a él. Que lamentaba la forma en que siempre lo traté, pero que habían sido 22 años de información dañosa. Yo sentía un nudo en la garganta y a él se le llenaron los ojos de

lágrimas. Me contestó: Mira hijo, lo pasado, pasado. Lo importante es el futuro. Nosotros, tú y yo, siempre hemos sido iguales. Tú siempre has contado conmigo en la medida que yo he podido intervenir y siempre contarás."

En la entrevista, W. me explicó que había dos cosas que lo dejaban inquieto y que apagaban un poco su alegría: una era que el padre le explicó lo que él ya sabía, que había puesto una demanda para retirarle los mil pesos. Lo había hecho, por una parte, porque aunque estaba bien económicamente, no le sobraba dinero y había vuelto a casarse recientemente; por otra parte, el hecho de que durante ocho años no le hablara ni lo buscara, lo hizo pensar que no deseaba nada de él; pero que estaba dispuesto a ayudarlo hasta que ya no lo necesitara. Le sugería recibirlos personalmente para que hiciera con ellos lo que quisiera, pero lo dejaba a su elección. W. le dijo que prefería que si quiera enviando la cantidad por el mismo conducto para evitar problemas. El padre aceptó, y ofreció retirar la demanda. La otra cosa que lo inquietaba era que al terminar de comer, el padre le preguntó si a su hermana le gustaría que le llevara pasteles, y fueron a comprar una gran charola de los que les gustaban cuando salían con el padre en su adolescencia. W. llegó a su casa y tuvo que decir que había visto al padre y que mandaba esos pasteles. La respuesta fue violenta; la abuela lo insultó y le dijo que ahora comprendía por qué estaba cambiando y deshonrando la casa. Que no podía ser de otro modo puesto que estaba viendo a ese hombre sucio y canalla y que en esa casa nadie comería nada que él mandase porque sería veneno para ellas. La madre envolvió nuevamente el paquete y se lo llevó al cuarto de W., que se sentía desolado y desconcertado y hasta el momento de la entrevista, no había tocado los pasteles.

A mis preguntas, W. contestó que había preferido que el padre siguiera depositando el dinero en el juzgado por el temor de que si se los daba a él, pudiera hacerlo sólo durante unos tres o cuatro meses y después cortara la pensión. Le hice notar nuevamente que él dudaba del padre y lo traicionaba como siempre lo había hecho y que el terror que le tenía a la abuela, lo hacía pensar como ella y la madre. La propuesta del padre parecía realmente sensata y lo conduciría a una situación más respetable frente a la abuela y la madre ya que sería él, en todo caso, quien daría dinero a la casa. La sinceridad del padre era notoria ya que había aceptado retirar la demanda cuando en realidad ninguna situación legal lo obligaba a seguir aportando esa pensión. Por otra parte, el padre tenía relación con abogados muy hábiles y si hubiera querido, le habrían sobrado recursos para no dar ese dinero nunca. En realidad, con los pasteles, la madre y la abuela volvían a asustar a W., y él mismo había vuelto a traicionarse permaneciendo en el bando de ellas, que habían tenido una actitud indigna y falsa, al disponer durante tanto tiempo de los dos mil pesos con que el padre contribuía, utilizándolos no sólo para él, W. y la hermana sino también para la abuela, la madre y el tío Panchito. Le recordé su sueño del prostíbulo.

W. invitó a sus amigos a comer pasteles esa tarde. Por la noche, mientras merendaba, sintió que "la abuela lo miraba con ojos dementes", y en un momento, en que ella pasó por detrás de él, sintió terror y se levantó. De pronto había tenido la idea de que le clavaría el cuchillo de la cocina por la



espalda; en otras ocasiones, furiosa, lo había amenazado realmente con ese instrumento.

Por ese tiempo W. fue de vacaciones a Acapulco. Ahí conoció a A., joven norteamericana con quien hizo amistad. Se sentía muy contento porque por primera vez en su vida podía relacionarse con una muchacha. Se vieron tres días y él tuvo que regresar. Después A. y sus padres volvieron a México, para permanecer aquí sólo 5 días, en los que W. y A. se vieron con frecuencia. W. se sentía enamorado y estuvo carteándose con A. Tres meses después conoció a B., otra muchacha también norteamericana y comenzó a salir con ella. En una ocasión, después de verla, llegó a su casa y pensando en A. y en B. se masturbó dudando cuál de las dos le atraía más. Avergonzado por haberse masturbado, se recostó pensando que iba a enviar unas rosas rojas a B. No sabe si se durmió completamente un instante y si lo que registró fue un sueño o un ensueño: "Veía una cadena de aminoácidos y en el lugar de los carbonos unos ramos de rosas rojas hermosas. A la derecha aparecía una zona de penumbra muy oscura a la que estaba unida la cadena de rosas y algo me decía que estaban unidas a 17 ångstroms. En seguida se acercaba una silueta de mujer, muy grande, que se marcaba muy claramente en la oscura penumbra y me preguntaba con voz diabólicamente dulce: ¿Qué son 17 ångstroms? Procedía a explicar que eran 17 millonésimas de milímetro, cuando una angustia tremenda me invadió. Salté de la cama sobresaltado."

Asocia que: "El día anterior, había estado estudiando algunos aspectos de Química y tuve que dejar el libro porque estaba ansioso. Pienso que la figura era mi abuela, pero no entiendo bien lo que significa el sueño."

Mi interpretación se refiere al terror que tiene ante la abuela pegada a 17 ångstroms en su vida y al afecto desintegrador de este terror que le impide reconocer y aceptar sus emociones y lo hace buscar siempre estructuras intelectuales para defenderse de ella. Resulta peligroso ante la abuela amar a una mujer como lo hace un hombre y cualquiera otra emoción que lo saque de la línea marcada por ella. Señalé también la posibilidad de que hubiese una alusión a los 17 años que más directamente ha estado bajo la tutela de la abuela y le recordé su miedo cuando llevó a casa los pasteles regalados por el padre. Aceptó esto como cierto y me dijo: "Recuerdo que en una ocasión llegué a la casa como a la una y media de la mañana. Abrí la puerta del *hall* y comencé a subir las escaleras cuando de repente sentí necesidad de voltear hacia mi izquierda y vi una figura negra que se recortaba en la ventana iluminada por la luz del farol de la calle. Sentí un gran terror. El corazón me dio un vuelco y comenzó a latir muy rápido. Encendí la luz y era ella. Su gesto era el de una persona demente. Sus ancianos ojos me miraban con odio, los sentía penetrando hasta el fondo de mi alma, y me causaban pavor. Temblando le pregunté qué hacía y me contestó con injurias. Mi madre bajó la escalera, vino a ver qué pasaba y trató de tranquilizarla llenándome de reproches. Después de mucho tiempo en el que ella repetía que yo era lo peor del mundo, subí a dormir y tuve que tomar nuevamente tranquilizantes.

"Pensé en por qué tenía que aguantar aquello y por qué no me decidía a salir de ese manicomio, pero aún no me atrevo, me da miedo que le suceda

algo." Le repito que tal vez la odia y desea que le pase algo, lo que se manifiesta en miedo.

También recuerda que cuando tenía unos ocho o nueve años, la madre acostumbraba cortarle las uñas hasta dejarle "casi la carne viva", a causa de que tenía hongos. Él protestaba porque le dolía y después le quedaban los dedos sensibles. En una ocasión la abuela se puso furiosa por sus protestas y por la actitud mansa de la madre. Tomó la pistola del tío y amenazó con matarse. Él cree que dudó que lo hiciera, pero se sintió aterrorizado.

Unos días después, W. decidió arreglar el cuarto de servicio para él, puesto que nunca estaba ocupado. Pensó que así tendría menos contacto con la familia. Cambió sus cosas y se quedó ahí solamente unas semanas ya que tomó la decisión de vivir solo.

Tuvo por entonces un sueño: "Veía una serpiente descomunal que abría las fauces; yo podía ver claramente los colmillos, las encías y la garganta. Entraba en ella y veía todo con gran viveza, aunque no las partes interiores porque el fondo oscuro me lo impedía. Entonces, la serpiente comenzó a cerrar las fauces y salí rápidamente de ahí."

W. pensó que la serpiente representaba a su abuela y mi interpretación, de acuerdo con la de él, fue que expresaba el hecho de haber estado a punto de ser tragado por la figura materna, la conciencia de la situación y su respuesta, ya iniciada en la realidad de salir de su campo de acción.

W. se sentía contento viviendo fuera de su casa, aunque a veces se angustiaba y en tales ocasiones las llamaba por teléfono.

Debido a su horario de trabajo y a que se sentía bien, empezamos a vernos sólo esporádicamente, aunque me llamaba con cierta frecuencia para saludarme e informarme lo que hacía. Sin embargo, yo trataba de recibirlo siempre que estaba angustiado o preocupado y en el curso del año (1966), nos hemos visto aproximadamente 8 veces.

En marzo, decidió dejar la carrera de Química porque le desagradaba enormemente. Pasó al lugar X, y aceptó la beca ofrecida.

En mayo solicitó verme. Había decidido casarse con B. Ella estaba embarazada aunque decidida a abortar si era necesario. Él la quería y no deseaba exponerla a ningún riesgo. Aun cuando económicamente apenas solventaba la situación, estaba dispuesto a hacerlo: Quince días después me llamó para avisarme que se había casado.

En junio volvió a solicitarme una entrevista. B. había abortado espontáneamente y estuvo grave porque perdió mucha sangre. En ese momento, aunque ya mejor, todavía estaba hospitalizada.

La abuela y la madre se habían opuesto al matrimonio, pero ya casado iban todos los días a verlos a su departamento. No había avisado al padre porque pensaba que se lo reprocharía, ya que cuando conoció a B., le pronosticó que dado el entusiasmo que mostraba se casaría con ella y esto entorpecería la terminación de su carrera.

En julio nos volvimos a ver. Durante la cena del día anterior su esposa le había platicado que había recibido carta de su padre con unos dólares de regalo: en ese momento, W. empezó a recordar una conversación reciente con



un amigo suyo. Este, cada vez que iba a la zona de "Las truchas", solía pasar cerca de un tronco de árbol, lugar donde jugó de niño. Cada vez, veía el tronco más seco y la última vez, completamente seco, cosa que lo había entristecido mucho. W. se imaginó el tronco y se sintió muy angustiado.

Le interpreté la imagen como la representación de la relación con su padre que había ido dejando secar como el tronco.

Al día siguiente decidió hablarle al padre, se citaron en el restaurante de siempre y W. le dijo que se había casado. El padre recibió la noticia de muy buen grado y sugirió que fueran por B., para comer juntos y brindar con ellos; los invitó a conocer a su propia esposa quien los recibió amablemente. Al llevarlos de nuevo a su casa les hizo un regalo.

En síntesis, puede considerarse que W. ha mejorado. En el aspecto sintomático, sus crisis de angustia han disminuido considerablemente en calidad y cantidad. Ahora son esporádicas y moderadas. Sus sentimientos de despersonalización han desaparecido hasta este momento. Se separó del cuarto de la madre aun tolerando una gran angustia y fue a dormir al del tío; se atrevió a restablecer las relaciones con el padre, cosa que lo revitalizó en forma importante; adoptó más tarde el cuarto de servicio para vivir más independiente de las madres y después se fue a vivir solo, considerando que era insano seguir viviendo en "aquel manicomio". Estableció relaciones por primera vez con una mujer, con A., por quien sintió verdadero interés. Posteriormente conoció a B., con quien tuvo ya una relación más íntima y se casó con ella a pesar de la oposición de la familia. Resolvió lo de su carrera y se siente contento y aliviado en ese aspecto.

Al principio, en la entrevista de Psicopedagogía, sus resistencias parecían inamovibles. Posteriormente, en su crisis de angustia decidió confiar en alguien y a medida que fue avanzando su análisis y él comprendía sus problemas, aquéllas fueron disminuyendo y la transferencia positiva fue aumentando. Pasó por periodos de insinceridad con el analista y deseos de aceptación incondicional, que pudo reconocer y superar durante el análisis.

Considero en la actualidad (diciembre de 1967) que fue un error de mi parte aceptar que dejáramos de vernos con regularidad. Hasta diciembre de 1966 tuvimos 68 sesiones, y si bien era cierto que desde el punto de vista sintomático había mejorado considerablemente y dado ya algunos pasos en el sentido de su libertad, y que su horario de trabajo era difícil, también es cierto que había resistencias. El hecho de que las madres lo visitaran con frecuencia después de casado y él aceptara estas visitas, y que él mismo no buscara la manera de asistir a su análisis, implicaba que todavía no toleraba su libertad y buscaba dependencia. Implicaba miedo a su verdadera liberación.

A últimas fechas he vuelto a hablar con él y hemos reanudado nuestras sesiones.

Después de un año (de diciembre de 1966 a diciembre de 1967) continúa sin los síntomas que lo trajeron. Se siente contento en su matrimonio y tiene un hijo. Encauza su trabajo en sentido productivo y ha tomado decisiones racionales desde el punto de vista de su profesión, aun cuando todavía tiene dudas respecto a su especialidad.

Estructura inconsciente y dinámica. W. T. presentó como síntoma central sentimientos de despersonalización durante su crisis de angustia. Se sentía muy enfermo y durante las primeras entrevistas me impresionó a mí también en ese sentido. Al mismo tiempo se mostraba como un muchacho ávido de ayuda que había olvidado la arrogancia, agresividad y seudoseguridad mostradas la primera vez que lo vi, cuando con una franca ambivalencia anhelaba ya alguna ayuda sin admitirlo.

Aquella actitud arrogante, prepotente, agresiva, denigratoria hacia los hombres (el padre, los maestros, el analista), escondía en el fondo un carácter enajenado dependiente, con sentimientos profundos de insatisfacción, falta de integración personal y de identidad.

W. T. vivió bajo el terror de una abuela casi psicótica canibalesca y hasta cierto punto necrófila, que lo amenazaba si pretendía ser libre, y de una madre anulada y prostituida que con su propia actitud dependiente absoluta, coadyuvaba. Era tratado como un niño, siendo un hombre que deseaba a una mujer, pero estaba impedido para buscarla fuera de su casa. Cualquier intento en ese sentido lo hacía semejante al padre, denigrado e inaceptable y despertaba cólera y amenazas de la abuela y lamentos de la madre. Núcleo cerrado, fanático. Ambas mujeres lo mantuvieron ligado a ellas y no le permitieron libertad ni le inspiraron respeto ni le enseñaron el amor a la vida. Esta situación creó sentimientos de miedo, desamparo y soledad que lo llevaron a buscar la solución en una alianza incondicional con ellas, utilizando el vituperio y la traición al padre y a sí mismo (requisito indispensable para ser aceptado) como un medio eficiente para conquistarlas y evitar el abandono o la destrucción; pero esta actitud le impidió una identificación auténtica consigo y una mejor integración, lo que lo enajenó en forma decisiva de la realidad, y lo hizo elaborar una identidad falsa y vivir una vida para las mujeres y contra los hombres.

El miedo profundo a la madre abuela puede observarse en el sueño de los 17 ångstroms, en la vivencia asociada durante el análisis de éste cuando llegó tarde a su casa y la encontró esperándolo, y en su vivencia cuando no se atrevía a comer los pasteles que el padre había obsequiado.

Miedo no sólo al arquetipo femenino, sino a la mujer orgánica que tenía enfrente. A la regentadora del prostíbulo. A la desintegradora de la cadena de rosas. A la serpiente que podría tragárselo.

Este miedo, que debilitaba su independencia, su libertad y su responsabilidad, unido a la seducción no solamente física de parte de la madre sino también a la seducción de hacerle sentir, ella y la abuela, desde edad temprana que lo preferían, que lo admiraban, que era toda la esperanza de ellas, mientras despreciaban al padre, desarrollaron su narcisismo que lo hacía sentirse mejor que cualquier otro hombre, y encontrar una grandeza erigida sobre el vínculo con las figuras maternas. En consecuencia, el sentido del propio valer estaba enlazado a las relaciones con las mujeres que lo admirarían en tanto fuera o hiciera lo que ellas querían; lo que no le permitía vivir la realidad.

La crisis de despersonalización pareció desatarse en el momento en que fracasó en algunas materias de la carrera de Química, y en que en el lugar X



le exigieron decidirse por una u otra carrera; cuando amenazaba romperse su marco de orientación, consecuente con su identidad falsa, y según el cual se percibía como el héroe salvador de la madre "dulce y sufrida", como el niño bueno, centro de admiración, como el hombre que superaría con mucho al padre traicionado, a quien demostraría su superioridad haciendo dos carreras, convertido en caballero andante de ambas madres pero prisionero de ellas.

Llama la atención que un medio tan intensamente patológico, no lo hubiera dañado en un grado mayor. Esto puede comprenderse si se considera que W. T. posee una estructura de personalidad básicamente sana y que la intensidad de los síntomas no fue determinada por la gravedad de la enfermedad, sino por la intensidad de la lucha por su liberación de la madre.

W. T. es una persona rebelde, sensible, inteligente, con muy buena capacidad de *insight*, con un bagaje considerable de vitalidad que se ha manifestado en su constante búsqueda de mejores soluciones a su vida.

Creo que el paciente empezó a curarse antes de venir al psicoanálisis. La decisión de acudir era ya un paso adelante para vencer las resistencias a penetrar los problemas que motivaron su anterior actitud tan agresiva, cuando despreció al psicoanalista y al método.

Su mejoría continuó porque a través del proceso analítico captó al hombre en forma objetiva, percibió el amor y la estimación de su padre y del analista. Vivió sin eufemismos la destructividad de la abuela y la pasividad prostituida de la madre. Se percató de su propia traición al padre y a sí mismo y de su enajenación y dependencia. En suma, transformó su angustia en miedo y sus problemas cobraron otra dimensión.

Ninguna droga hubiera resuelto el conflicto ya que si se hubiera suprimido la angustia por completo, se habría disminuido la lucha y facilitado la permanencia del mismo estado de cosas y la liga con las madres. En cambio por el método psicoanalítico evolucionó satisfactoria y en realidad rápidamente con la contribución de sus propias cualidades básicas que han hecho que mejore y harán sin duda que siga mejorando.

Volviendo a la discusión del problema especial que ofrece este paciente con referencia al Complejo de Edipo, un breve resumen muestra que:

- 1) El odio hacia el padre fue inculcado por la abuela y la madre, y no fue resultado de la rivalidad sexual con el padre.
- 2) Su dependencia de la abuela e indirectamente de su aliada, la madre, fue causada por terror, y no por amor.
- 3) Las fantasías masturbatorias relacionadas con la madre, no eran la expresión de una fijación profunda. La madre es una mujer bastante atractiva y seductora. El hijo no se atrevía a acercarse a otras mujeres por causa de su miedo, y quedaba la madre como único objeto de fantasías sexuales.

Pero hay un factor más importante que estimuló sus fantasías sexuales hacia la madre: la fijación extrema hacia esta figura constituye el peligro de que el hijo siga siendo el pequeño niño y que se paralice en todo su desarrollo. La fantasía sexual transforma el papel pasivo del niño pequeño en el papel

activo del hombre que se relaciona con la madre como hombre, con deseos activos. Dentro del cuadro de una fuerte dependencia, los deseos sexuales representan un intento de salvación, una forma de evitar la destrucción del papel activo, y caer así, en la dependencia total. Lo que parece ser patológico es, en realidad, un paso hacia la curación.

